

I CONGRESO "CAMINOS PEREGRINOS A GUADALUPE"

Guadalupe, 16 a 18 de abril de 2009

EXTREMADURA

Joaquín Araujo Ponciano, Naturalista, escritor, y

periodista.

UN PAISAJE SOSEGADO

Si tenemos presente que estamos ante el paisaje menos contemplado, acaso nos asalte la curiosidad por estrenarlo. La condición de ser los primeros, y que como a tales se nos trate, queda garantizada cuando nos ponemos al alcance de este vasto dominio del occidente español.

Miremos hacia donde miremos, nos guíe el interés que nos guíe, cunden y expanden las ofertas que nos hace Extremadura. Tantas como tantos lleguen. Repertorios vastos como la luz, intensos como la tierra, abiertos como el cielo.

Vaya por delante que acepto llevarme bien con mi pasión por estas gentes y su tierra. Por eso creo no desbordar cauce alguno con los argumentos que abren este recordatorio. Es más: permitan los lectores de este pórtico que anticipe, como si de un titular de prensa fuera, que les defina a Extremadura con dos pinceladas iniciales. La primera queda ligada a los horizontes; la otra puede y debe acompañar a nuestros pasos. Quiero, en suma acercarlos lo más lejano y darle profundidad a lo más cercano.

En el primer caso, están todos esos paisajes que, si la mirada no ha sido anestesiada por cualquiera de las manifestaciones de la urgencia, demuestran que la inmensidad se descuelga incesantemente y por todas partes como marco de referencia a lo que no puede ser limitado. Panoramas en los que con acertada frecuencia, es decir sin exceso alguno, aparecen los mejores regalos para la vista. Y, con tal inconcreto calificativo favorable, pretendo anunciar sencillamente todo aquello que nuestra estatura puede aceptar como propio.

Porque no menos espectacular, que este derredor es, lo que han incluido los humanos en medio de semejante esplendor. Eso que nos cabe mejor en la imagen focal y hasta en la memoria. Por tanto lo vivido por otros,

lo convertido en instante monumental, en festividad a celebrar, en sensibilidad rescatada para siempre del olvido. Describiré, en suma, lo que las dos fuerzas más creativas que conocemos han conseguido ponernos delante. Que, una al lado de la otra, consiguen convertir una suma en descomunal multiplicación siempre que uno se añada a la oferta.

Esta tierra acoge, en efecto, al más completo y complejo Patrimonio Natural de Europa Occidental. En el mismo destaca la mayor multiplicidad vital todavía en activo. Todo ello justo al lado de uno de los mejores repertorios de la cultura en lo que a historia, arte y antropología se refiere. En suma, y satisfago al fin el compromiso de comenzar con sendos titulares. Lo que consigue Extremadura es nutrir nuestra mirada con la mejor dieta visual y nos descubre sublimes aciertos del nuestro pasado.

LOS CINCELES

Dibujaremos ahora un mapa que nos ayude a recorrer un territorio que se caracteriza precisamente por desdeñar cualquier confusión entre lo descrito y la descripción; proceder que, en la actualidad, cuando el mensaje es el mensajero tantos destrozos perpetra sobre los campos de la realidad. De ahí que, si he definido como todavía inabarcable e ingente lo que allí se puede encontrar, estas palabras no pasarán de la condición de gatera o de mirilla. Miren por la rendija que suponen estos párrafos y anímense al riguroso directo a la vivencia personal. Porque, lo que impresiona a estas impresiones, desborda Extremadura. Sencillamente no cabe en nada que pueda ser contado.

En primer lugar porque este indescriptible territorio cuenta con mucha transparencia. No es poco que aquí sea tan poco lo que oculta a lo visible. La escasa presencia de lo opaco está en relación directa con una población demediada (el 50% de los extremeños emigró), todo ello sin haber llegado nunca a ser ni siquiera numerosa. La pequeña presión humana - un millón de habitantes para cuatro millones de hectáreas - nos obsequia el alivio de lo desocupado; de la vastedad apenas hollada.

Por si eso fuera poco la ocupación del territorio pasó siempre por el modelo de concentración. Apenas se dan casos de asentamientos dispersos. Aquí, casi todo, se resuelve con pueblos grandes y términos municipales que determinan no querer acabarse. Sirva de ejemplo el que no son escasos los municipios con adscripciones territoriales superiores a las 100.000 ha. Para recorrer algunos por su eje más largo, se puede tardar dos días enteros caminando. Cáceres ciudad, Trujillo, Garrovillas, Alía, Mérida, Castuera, Valencia de Monbuey son tan grandes, casi, como provincias en otros países del continente. Las propiedades tienden a lo mismo, aunque en esto lo que nos narra el paisaje es fruto de lo conseguido por el poder de algunos, es decir que nada tiene que ver con lo que allí quiso dejar la vida.

En fin: un sinfín de vastas mansiones excelentemente acompañado de una serie de magníficas soledades. Que recorren la luz y un gran número de

impulsos vitales. Esos que pueden ser definidas como los eslabones o, acaso mejor, como las taraceas del gran tablero donde juega la vida a ser ella misma.

Aunque el escenario natural de Extremadura está, de momento, compuesto por unos 9 ecosistemas, 6 grandes unidades paisajísticas, 460 habitats, 4 climas, y unas 40.000 especies de los cinco reinos de la vida, conviene comprimir tan inabarcable panorama en los cinco elementos que pueden ser considerados como los que representan, por incluirlos, a todos los demás.

LO ARRUGADO

Las montañas que arrugan casi todos los horizontes de esta tierra, se disponen como si quisieran envolver al conjunto autonómico. Como con vocación de odre.

Solo los arrumbamientos al poniente quedan libres de elevaciones. No podía ser de otra forma desde el momento en que los dos grandes cursos fluviales de estas tierras se abren paso hacia el Atlántico a través de las tierras que ellos mismos convirtieron en inmensas llanuras aluviales.

La fachada salmantina consigue eruirse hasta lo altimontano. Es lo que llamamos Gredos extremeño con alturas superiores a los dos mil metros (2.400 en concreto, si nos elevamos hasta el Calvitero) y que luego se van abrazando con menos potencia al conjunto Gata-Hurdes. Por la fachada que vincula a Castilla la Mancha la arruga se llama Villuercas, sin duda la comarca más agreste del occidente español.

Los contornos que compartimos con Andalucía quedan sobre la línea de cumbres que llamamos Sierra Morena, algo más modestas en prestancia pero no en lo que a hospitalidad de esplendores se refiere.

Extremadura goza también de una suerte de columna vertebral. Con el nombre de sierras centrales se dispone, de oeste a este, una sucesión de serrijones más modestos. Son los que forman algunos de los enclaves más destacados desde un punto de vista natural: Monfragüe, Montánchez, Sierra de San Pedro...

Lo arrugado de estos paisajes cumple infinitos cometidos pero resulta imprescindible recordar que las montañas refugian y regalan. Esconden a lo mejor y más raro de la fauna y de la flora y ,por supuesto, quedan en su mayor parte tapizados por los bosques. A lo que se suman algunas de las arboledas domesticadas más encandiladoras del continente. Es lo que consiguen el millón de cerezos del valle del Jerte, los castañares de Hervás y Guadalupe, los olivares de Villuercas...

Pertenecen a las cuestas de esta tierra algunas de las mejores manifestaciones de la arquitectura popular y no pocos aldabonazos de la

historia. Es el caso de Yuste, asomado al Tiétar, de la misma Plasencia, de palacios y arquitecturas religiosas de señalada arrogancia. No menos Guadalupe, centro espiritual de la comunidad y de casi todo el Nuevo Mundo. Abajo, en la inmediatez de Huelva, sigue la misma tendencia Tentudia. Gata y Hurdes suman lo remoto y despoblado, eso sí lleno de resonancias que conviene escuchar.

LO DESNUDADO

Poco tiene que ver la convencional creencia de que los paisajes sin vestir son pobres con la verdadera dimensión de las tierras llanas y abiertas de Extremadura que aquí solemos calificar también como baldíos. En la mayor parte de los casos se trata de amplios territorios de perfil allanado y en los que o bien fueron eliminados los bosques para dejar el suelo al exclusivo dominio de los pastizales para la ganadería, o bien fueron, desde casi siempre, tierras de corte casi estepárico.

Es decir, que por la pobreza de los suelos y la escasez de lluvias no dieron para mucho más que las comunidades herbáceas convencionales. También acepta la acepción de lo ocioso o, con la mirada rural a cuestas incluye, lo que no se labra ni está adehesado.

Para todavía demasiados, la del baldío es la imagen que define al conjunto de la comunidad, y esto se debe a dos causas. Por un lado a que la pereza mental simplifica con estereotipos, y más fácilmente los que resultan menos halagüeños; y, por otro, al hecho de que algunas de las ciudades más importantes y conocidas quedan precisamente rodeadas por este tipo de campos abiertos. Es el caso de Cáceres, de Trujillo y, en parte, de Mérida y de Badajoz. Pero, como anunciaba, el baldío extremeño poco o nada tiene de empobrecido. En realidad supera en importancia ecológica a muchos de los otros paisajes españoles y europeos, por mucho que todo parezca contenido por la sencillez de una horizontalidad sin duda muy despejada.

Porque lo llano y desnudo no solo es vasto y emborracha la mirada con su falsa homogeneidad. Este tipo de paisaje contiene una ingente cantidad de exclusividades. Son, por un lado, imponentes tierras ganaderas, con algunos destacados ejemplos de propiedad comunal, tan aliviante en tiempos en que ya se quiere privatizar hasta al agua y al aire. Pero son, sobre todo, los ámbitos de buena parte de la fauna más escasa del Viejo Mundo.

Entre los animales estepáricos destacan aves, como avutardas, aguiluchos, sisonas, calandrias, perdices, collalbas y, en invierno, grullas o limícolas: como el chorlito dorado y las avefrías...

Ya se ha mencionado que una parte de los baldíos seguramente tienen un origen de tipo defensivo, acaso en íntima relación con el uso intensivo del espacio que circunda a las grandes poblaciones. Terreno que fue desarbolado para avizorar a los enemigos, al tiempo que la necesidades

de combustible se encargó de culminar la tarea homogeneizadora. En cualquier caso, algunas de las ofertas histórico artísticas más intensas quedan en medio de estos llanos abiertos. Así la renacentista Trujillo, de la palaciega Cáceres. A sumar con la vasta comarca de Malpartida y el Casar de Cáceres, que queda al norte de esta capital, junto con las de Coria, Brozas, Garrovillas. Pero no menos de las ciudades de la Serena pacense, como son Villanueva, Don Benito, Castuera, Zalamea...

LO MOJADO

A menudo desconcierta la afirmación de que esta comunidad tiene más agua que cualquier otra de nuestro país. No menos desbordante resulta el que también cuente con más orillas, sin tener ni un solo metro de litoral, que cualquiera de las otras comunidades autónomas. Pero así es. Extremadura: además de 90 cursos fluviales de importancia cuenta con 147 embalses, entre los que están varios de los más grandes de Europa. Es más, solo un río de importancia de estas tierras, el Almonte, puede presumir de su condición natural, es decir, de no estar retenido por embalse alguno; si bien su tramo final al confluir con la parte del Tajo retenida por la presa de Alcántara, contribuye al gigantismo de esa masa de agua embalsada. Recordemos, al mismo tiempo, que la cuenca del Guadiana y del Tajo son una sucesión, poco menos que interrumpida de embalses, de gran o enorme tamaño.

Los caminos del agua, por su parte, tienen todos los repertorios que podamos imaginar. Desde las alborotadas volteretas de los enclaves de montaña, con la Garganta de los Infiernos –hoy Parque Natural – a la cabeza; hasta la domesticación absoluta de tantos canales para el regadío. Extremadura es, tras Andalucía, la comunidad que más hectáreas riega, lo que se resuelve en un nuevo paisaje que ocupa enormes extensiones.

Unas pocas lagunas glaciares y endorreicas, así como varios millares de charcas artificiales que sirven de abrevadero al ganado completan el panorama de lo mojado. La convocatoria no puede resultar más aceptada. Una muchedumbre de seres vivos se agolpa a lo largo de todo el año en estos enclaves.

El Jerte lame Plasencia, como el Guadiana lo hace con Mérida y Badajoz. En las tres ciudades el agua que pasa adquiere sentido histórico y ha potenciado algunas de las mejores manifestaciones de la ingeniería civil y de la arquitectura clásica. Caso de los acueductos, de las presas en activo desde hace dos mil años- Proserpina y Cornalvo cerca de Mérida - o de puentes romanos. Entre los que destacan el de la misma capital de Extremadura y el de Alcántara, sobre el Tajo que, sin duda, resulta el más espectacular del país y de Media Europa.

LO ARBOLADO

Verdean los horizontes, por mucho que demasiados mantengan que esta es tierra seca. Sin embargo, en muy pocos otros lugares del ambiente creado por el clima mediterráneo, contaremos con tanto arbolado. Incluso sabemos su número aproximado. Porque a cada extremeño le tocan unos doscientos árboles. Lo que queda algo por encima de la media nacional, que es de unos ciento cincuenta. Una parte de los mismos forman bosques; masas forestales que son poco usadas y en las que la intervención humana resulta escasa desde hace mucho tiempo.

En realidad, casi todas las laderas de las mencionadas serranías quedan masivamente cubiertas de vegetación. Con un dominio casi absoluto de las formaciones de árboles y arbustos, capaces de soportar el larguísimo y seco verano de estas latitudes. Al respecto conviene reparar en que los matorrales de este tipo de paisajes cumplen un determinante papel en lo que al mantenimiento del territorio y sus pobladores se refiere. Primero, porque amparan la totalidad del suelo de la desoladora insolación. Por tanto, conservan sombras y humedades. Luego, porque existen pocos refugios de vida salvaje mejores que este intrincado laberinto vegetal tan impracticable para el ser humano como cualquier selva en buen estado.

Pero no menos porque siempre estaremos en una antesala del mismo bosque de encinas, alcornocques y robles que tan a menudo van emergiendo sobre el tapiz de los arbustos. Es más, no pocas de las especies que lo conforman alcanzan portes descomunales, es decir arbóreos en cuanto el fuego no se ceba cíclicamente en ellos. Hasta las modestas jaras pueden superar los cuatro metros de altura en determinadas ocasiones.

El entreverado es norma. Los bosques puros son escasos en las laderas de las montañas. A no ser, precisamente, cuando con error disculpable se llama bosque a las repoblaciones llevadas a cabo con pinos, castaños y algunas otras especies. Los mejores ejemplos de bosques los tenemos en algunas masas de robles de las faldas de Gredos, especialmente en Garganta la Olla y los valles del Jerte y del Tietar. Una de las mejores manifestaciones de rebollar - denominación muy local del *Quercus pyrenaica*- la tenemos en el corazón de las Villuercas. Donde, por cierto, también se dan los mejores ejemplos de loreras que conocemos.

El Loro es un árbol relicto, del terciario concretamente, y con aire de laurel. Necesita sombra, calor y humedad constante. Por eso se refugia en los hondones de las gargantas que conservan agua todo el año.

Los alcornocques cuentan con amplia representación en la Sierra de San Pedro, la de Hornachos, Villuercas y por supuesto en Tentudia. De especial relevancia son los sotos extremeños. Casi todos los pequeños y medianos arroyos van acompañados de una envolvente retahíla de espesos árboles con los alisos a la cabeza, fresnos, sauces...

Pero serán las encinas las que desde cualquier punto de vista nos lleven a esa imagen de lo completamente arbolado que, sin duda, tuvo esta tierra. El encinar, en cualquier caso, es el puente que nos lleva a...

LO ADEHESADO

Cuando desde las asomadas de Miravete, del Puerto de Mejoral, cuando desde el ápice del Calvitero se te desmaya la mirada hacia la llanura... Entonces, allí, te estará esperando, para acogerla con alegría, el paisaje más mullido y hospitalario que se pueda contemplar en ésta o en cualquiera de las penínsulas del sur de Europa .

O acaso sea mejor decir que millones de almohadas de una rara oscuridad verdosa anegarán el panorama. Y es que cada copa de cada encina nos deja descansar. O lo que es lo mismo la inmensidades adhesadas son algo que alivia de los muchos tropiezos que acompañan al uso del tiempo y del espacio por parte de demasiados. El encinar de llanura, sin duda, llegó a ocultar el sol bajo un interrumpido dosel de enramadas entrelazadas. Hace solo mil años, seguramente, había unos mil millones de encinas sobre lo que hoy es Extremadura.

Quedan unos ciento veinte millones de gigantescos árboles. La porción más destacada de las mismas cubre casi una cuarta parte de las tierras llanas conformando el original paisaje que por si solo caracteriza no sólo a Extremadura sino a buena parte del occidente limítrofe con Portugal.

Consiste en que sobre la planicie se han conservado unas cuantas decenas de pies de encina por cada hectárea. El resto del espacio queda abierto, aireado y soleado para que el pasto, los cereales y otros cultivos puedan crecer.

Al mismo tiempo los ganados pueden desplazarse por estas inmensidades para disfrutar de una de las regalías menos conocidas de este sistema. Porque en los pastizales de las dehesas extremeñas se da uno de los records mundiales de diversidad de plantas apetecidas por el ganado. Pero es que, al mismo tiempo, las dehesas conservan la práctica totalidad de las comunidades faunísticas del bosque mediterráneo a lo que se incorpora el amplio muestrario de lo domesticado.

De ahí que sea posible que las grullas, los gansos, o los buitres negros sobrevuelen a las merinas, las retintas o los cerdos ibéricos. O que por los cultivares lleguen a corretear lince, venados, corzos o meloncillos

Resulta muy difícil encontrar un ejemplo mejor de convivencia entre los elementos originales de un paisaje y lo que el humano pone en el mismo con fines productivos. En las dehesas, en realidad, lo que sucede es que la Naturaleza no queda derrotada por completo a manos de la Cultura. En verdad se trata de una alianza destinada a que los dos cinceles con que se puede contemplar en Extremadura se mantengan en activo equilibrio.

Que se beneficien los procesos ambientales y los culturales. Un modelo, con tres mil años de vigencia, del que se puede uno sentir orgulloso y que, de alguna forma, queda intuido y de inmediato reconocido por todos los que llegan a contemplar este mundo de formas esculturales y de infinitos pálpitos vitales.

Si hay un lugar donde entender lo que quiere decir una naturaleza bella es, seguramente, donde la muchedumbre de unos cuantos millones de encinas se enhebra con las llamaradas de un recuerdo en el que quedan incluidos los elementos más indómitos de la historia de la vida en nuestras latitudes.

Si a todo ello sumamos que una considerable porción de los pájaros que invernan en nuestra península se esconden por estos pagos, queda claro que las dehesas son uno de los sistemas con mejor destino de cuantos podemos recorrer en toda Europa.

UN PAISAJE Y UNA CULTURA “ATALANTADORES”

En casi todos los pueblos y en no pocas ciudades de Extremadura son muchas las puertas que nadie cierra y que se abren al menor síntoma de que quieras compartir estos sosiegos transparentes, estas bellezas en libertad, estas sensateces fertilizando inmensidades.

A la disposición entera e inmediata de acoger, al más profundo estilo de la hospitalidad aquí le llamamos *atalantar*. Atalanta el que da casa y comida, el que entrega compañía y conversación; el que comparte lo que tiene con el forastero.

Y nada más sencillo. que venir a comprobarlo.

***Joaquín Aranjó
Villuercas. Guadalupe
Abril 2009***